

La suma de los ceros

Eduardo Rabasa

Para Izara

PRIMERA PARTE

*Walking like giant cranes ah
With my x-ray eyes I strip you naked
In a tight little world and why are you on the list?
Stepford wives who are we to complain?
Investments and dealers investments and dealers
Cold wives and mistresses
Cold wives and Sunday papers.
City boys in first class
Don't know we're born little
Someone else is gonna come and clean it up
Born and raised for the job
Someone always does
I wish you'd get up get over get up get over
Turn the tape off.*

Radiohead

I

I

YO SOLO QUERÍA SER otro de los cobardes invisibles, se lamentó en silencio Max Michels conforme una gota de sangre escurría por su cuello recién rasurado. Casi sin advertirlo, había postergado hasta el límite la decisión recién tomada, que ahora le parecía tan inesperada como irrevocable. Estaba por transgredir la regla cardinal de Villa Miserias: se registraría en la elección para presidente de colonos sin el consentimiento de Selon Perdumes.

Con el impulso de un resorte oxidado que despierta con violencia, se materializó el recuerdo de la época anterior a su llegada. Max recordaba con nitidez el principal elemento del día en que comenzaron las obras de modernización: el júbilo causado por el polvo. No faltaron quienes inhalaron gustosos las primeras partículas de lo venidero. Pobres diablos, pensaba Max ahora. El polvo ya nunca se esfumó: Villa Miserias permanecería en obra perpetua.

Entonces como ahora, Villa Miserias funcionaba como reloj, aunque el modelo era del todo distinto. Cada dos años había elecciones para presidente del consejo de la unidad habitacional. Durante once días, los vecinos eran bombardeados por circulares propagandísticas. Las damas más distinguidas recibían chocolates y flores. Las de menor rango debían conformarse con paquetes de arroz y frijoles. En esencia, cada candidato peleaba por convencer

a sus votantes de ser el idóneo para no alterar en absoluto el orden existente. Existía incluso un prototipo físico de las autoridades, que abarcaba por igual a gordos, chaparros y calvos. Era un porte, una mirada que emitía una voz maleable. No existía fricción entre las propuestas de campaña y el estado de cosas cotidiano.

Los cimientos de Villa Miserias se amoldaban a la doctrina básica de Selon Perdumes: el quietismo en movimiento. Sus cuarenta y nueve edificios se construyeron según una técnica ingenieril diseñada para permitir la sacudida pero evitar el derrumbe. La mancha urbana a la que pertenecía era propensa a temblores mortíferos. El andamiaje flexible de la unidad habitacional había prevenido la catástrofe más de una vez.

En la época previa a las reformas todos los departamentos eran idénticos; ahora eran de una desigualdad simétrica. Diez en total, distribuidos en proporción inversa al piso correspondiente. En términos generales, la demografía también se ajustaba a lo previsto: en los minúsculos departamentos inferiores convivían familias de múltiples generaciones humanas y animales. En cambio, el penthouse solía estar ocupado por jóvenes ejecutivos, con o sin esposa e hijos. A cambio de sus privilegios sufrían el bamboleo del edificio, ocasionado incluso por el pasar de los autobuses en la avenida que bordeaba el conjunto. Un observador con una vista panorámica durante el sismo que redujo a escombros a la unidad contigua definió el espectáculo como un vals bailado por colosos de concreto flexible.

Perdumes se complacía ante el improbable equilibrio de ingeniería social alcanzado. Su conversión en prohombre de Villa Miserias fue un proceso gradual. Había llegado como un hombre de negocios de orígenes y ocupación misteriosos. Cada interlocutor escuchaba una explicación tan vaga como distinta. Para hacerse una idea precisa de su carácter, basta con decir que hasta la fecha era plausible pensar que todas fueran ciertas.

Se instaló en el departamento 4B del edificio 10. Ofreció pagar un año por adelantado a la dueña, la viuda Inocencia Roca, a cambio de un descuento sustancial en la renta. Los habitantes de Villa Miserias eran herederos de una tradición afecta al trueque. No estaban preparados para los flashazos verdes de Selon Perdumes. La señora Roca ignoraba que pronto estaría escriturándole el departamento.

Desde entonces se le veía poco; nunca más de lo necesario. Para presentarse con sus vecinos, los invitó por separado a tomar un café de bienvenida. Era encantador en el sentido más camaleónico del término. Sus ojos eran del gris que puede interpretarse como azul o como verde. Adivinaba los temores más recónditos de cada uno. Tenía un don prodigioso para dar solidez a las fantasías, ofreciendo después el financiamiento necesario para volverlas reales. El impago calculado de un porcentaje de sus acreedores le producía un gran beneplácito, pues la usura que él perseguía era de una especie distinta. A cambio de la posibilidad de fracasar buscaba obtener lealtades y secretos. Como dentista experto que extrae la muela sin que el paciente anestesiado lo advierta, su magnetismo atraía confesiones para conocer a las personas según sus debilidades.

La joven pareja del 4A se convirtió en uno de los primeros experimentos de su laboratorio. Tras una plática informal, Perdumes notó la tensión inherente a la diferencia de orígenes. Él era contador público como su padre. Ella había estudiado literatura en la universidad pública gracias al negocio familiar de paletas heladas. Él llevaba dos años estancado en su puesto de un despacho fiscal. Ella era la asistente de un académico de imponente erudición.

Perdumes les explicó que para los relamidos la apariencia lo era todo. Envolviéndolo con el destello de su sonrisa de cal, le explicó al muchacho que debía de cambiar su viejo coche y comprarse un reloj nuevo. Sí, pero eso era imposible, apenas tenían lo justo